

que su amo giraba indignado sobre sus talones.

—No embroméis mucho á esa pobre mujer, — dijo el carcelero á Sam Weller; — no hace más que llegar.

—Prisionera; — exclamó Sam volviendo á ponerse el sombrero; — ¿á petición de quién? ¿por qué? Hablad pronto, viejo.

—Dodson y Fogg, — respondió el hombre, — en virtud de un pagaré por gastos.

—¡Aquí, Job! ¡Job! — vociferó Sam precipitándose á lo largo del corredor; — corred á casa de Mr. Perker, Job; tengo necesidad de él en seguida. Ved un negocio que creo que será bueno para nosotros. ¡Ah! ¡qué buena farsa! ¡hurrah! ¿Dónde está el señor?

Pero nadie respondió á estas preguntas, porque en cuanto Job supo de que se trataba, había partido como un furioso, y mistress Bardell se había desvanecido por completo.

CAPITULO XLVII

Dedicado principalmente á los negocios del interés y la ventaja personal de Dodson y Fogg. Reparación de Mr. Winkle en circunstancias extraordinarias. La benevolencia de Mr. Pickwick es más fuerte que su obstinación.

Job Trotter, sin disminuir en nada su rapidez, corrió á todo lo largo de Holborn. Unas veces se abría paso por en medio de la calle, otras por la acera, otras por el arroyo, siguiendo el lugar por donde veía más probabilidades de avanzar en medio del tropel de carruajes, de hombres, de mujeres y de chicos, que atestaban la larga calle, sin reparar en ninguna clase de obstáculos. No se detuvo ni un segundo hasta llegar á la puerta de Gray's Inn; apesar de toda su diligencia, hacia media hora que se había cerrado cuando llegó, y antes que hubiese descubierto el ama de gobierno de Mr. Perker, que vivía con una de sus hijas, casada con un depen-

diente de comercio no residente, que vivía en cierto número de cierta calle, cerca de cierta carbonería, algo detrás de Gray's Inn Lane, no faltaban más que quince minutos para que sonase la hora de cerrar la prisión por la noche. Era necesario desenterrar todavía á Mr. Lowten en el antelocutorio de *la María y el Tronco*, y apenas le había comunicado Job el mensaje de Sam, cuando sonaron las diez.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Lowten; — no podréis volver esta noche, es muy tarde. Habéis tomado la llave de los campos, amigo mío.

—No os ocupéis de mí, — replicó Job; — yo puedo dormir, no importa dónde; pero sería conveniente ver esta noche á Mr. Perker, para que pueda conocer nuestro asunto mañana por la mañana.

—Mirad, — contestó Lowten después de reflexionar algunos instantes; — si se tratase de cualquier otra persona, no le gustaría á Perker que fuera á molestarle; pero como se trata de Mr. Pickwick, creo que puedo permitirme tomar un cabriolet por cuenta de los gastos del estudio para ir á buscarlo.

Habiéndose dedicado Mr. Lowten á seguir esta conducta, tomó su sombrero, rogó á la sociedad que hiciese ocupar su sillón por un vicepresidente durante su ausencia temporal, condujo á Job á la parada de coches más cercana, y escogiendo el de apariencia más rápida, dió al cochero estas señas: *Montagne Place, Russell Square*.

Mr. Perker había tenido gente á comer, como lo atestiguaban las luces que se percibían por las ventanas, el sonido de un piano cuadrado perfeccionado de salón, y el de una voz perfeccionable también de salón, que se escapaban por las mismas ventanas; todo, unido al olor un poco fuerte de vituallas, henchía la escalera. Era el hecho que un par de excelentes agentes de provincias habían ido á Londres, y Mr. Perker había reunido una agradable sociedad para recibirlos. Eran Mr Snicks, el secretario de la oficina de seguros sobre la vida; mister Prostant, el célebre abogado; tres procuradores, un comisario, un banquero quebrado, un abogado especial del Temple y su discípulo, pequeño joven de aire decidido, que había escrito un libro muy interesante sobre las leyes mortuorias, enriquecido con una porción de notas magistrales, y varios otros personajes tan amables como distinguidos.

Tal era la reunión de que se separó el pequeño Perker cuando se le anunció en voz baja que su pasante tenía que hablarle.

Al llegar al comedor encontró á Mr. Lowten con

Job. Un candil, colocado en una mesa, alumbraba bastante medianamente, porque el principal gastador en otras cosas, sentía un desprecio bien natural hacia un pasante y todo lo del estudio, y no se había dignado mandar que se dieran otras luces.

—¿Qué es lo que hay de nuevo, Lowten? — preguntó Perker cerrando la puerta. — ¿Ha llegado alguna carta con algún paquete importante?

—No señor; pero ved aquí un mensajero de mister Pickwick.

—¿De Pickwick? — dijo el hombrecillo volviéndose vivamente hacia Job. — ¿Y qué es lo que hay?

—Dodson y Fogg han hecho encerrar á mistress Bardell por los gastos de su negocio.

—¡Imposible! — exclamó Perker.

—Parece que han hecho que les de un pagaré después del juramento.

—¡Por Júpiter! — exclamó Mr. Perker sacando las manos de sus bolsillos y golpeando enfáticamente el dorso de su derecha con la palma de la izquierda; — ¡por Júpiter, que esos bribones son los más hábiles que he visto!

—Y los más astutos que yo he conocido, señor, — añadió Lowten.

—Lo creo; no se sabe nunca por dónde cogerlos.

—Y tanta verdad como es, eso, señor, — respondió Lowten.

Ambos, pasante y abogado, permanecieron silenciosos durante algunos minutos, con la fisonomía animada como si se hubieren hallado ocupados en reflexionar sobre uno de los más grandes descubrimientos que hayan podido enorgullecer la inteligencia humana. Cuando volvieron de aquel transporte de admiración, se descargó Job Trotter del resto de la comisión.

Perker inclinó la cabeza con aire pensativo, sacó después su reloj y dijo:

—Mañana, á las diez en punto, estaré allí. Sam tiene razón; decídselo de mi parte. ¿Queréis tomar un vaso de vino, Lowten?

—Señor, os doy las gracias.

—Supongo que queréis decir que sí, — continuó el hombrecito cogiendo una botella y dos vasos.

Como efectivamente Lowten quería decir que sí, no añadió nada; pero dirigiéndose á Job, le preguntó á media voz, aunque bastante alto para que pudiera oírle Perker, si el retrato de este, que estaba colgado sobre la chimenea, no era un milagro de parecido. Job respondió necesariamente que sí, y después de estar servido el vino, bebió Lowten á la salud de Mr. Perker y de

sus hijos, y Job á la de Mr. Perker. Apesar de tanta atención, el caballero de los calzones de estambre no consideró como parte de su deber volver á acompañar á las gentes del estudio, ni valerse de la campanilla, por lo que nuestros dos mensajeros tuvieron que arreglarse por sí mismos para salir. El abogado volvió á entrar en el salón, el pasante en su taberna y Job en el mercado de Covent-Garden, para pasar allí la noche en un puesto de legumbres.

A la mañana siguiente, puntualmente á la hora marcada, el buen abogadillo llamó á la puerta de Mr. Pickwick. Sam le abrió apresuradamente.

—Mr. Perker, — dijo á Mr. Pickwick, que estaba sentado junto á la ventana en una actitud pensativa. Después de esto añadió:

—Me alegro mucho, señor, de que por casualidad hayáis venido; supongo que el señor ha de tener algo que deciros.

Perker hizo comprender á Sam con una guiñada de inteligencia que no hablaría de su mensaje, y habiéndole hecho señal de que se acercara, le deslizó algunas palabras al oído.

—¿De veras, señor? ¿Es posible? — exclamó Sam retrocediendo de sorpresa.

Perker sonrió é hizo un gesto afirmativo. Sam miró al abogadillo, luego á Mr. Pickwick, después al techo, y después al abogado nuevamente; sonrió, empezó á reír á carcajadas, cogió su sombrero y desapareció sin más explicaciones.

—¿Qué significa todo eso? — preguntó Mr. Pickwick mirando á Perker con sorpresa. — ¿Qué es lo que ha puesto á Sam en ese estado extraordinario?

—¡Oh! nada, nada, — contestó el hombrecillo; — pero aproximad vuestra silla á la mesa, querido amigo, que tengo muchas cosas que deciros.

—¿Qué papeles son esos? — preguntó Mr. Pickwick, viendo depositar al abogado sobre la mesa un legajo atado con una cinta roja.

—Los papeles de Bardell y de Pickwick, replicó Perker desatando la cinta con los dientes.

El filósofo hizo girar su sillón hacia la mesa, cruzó los brazos y miró á su abogado con aire severo, en tanto cuanto podía Mr. Pickwick tomar este aire.

—¿No os gusta oír hablar de esos asuntos? — prosiguió el hombrecillo, aún ocupado con su nudo.

—No, en verdad.

—Pues lo siento mucho, porque ese va á ser el asunto de nuestra conversación, y...

—Perker, — interrumpió precipitadamente mister

Pickwick, — desearía mejor que ese asunto no fuese jamás mencionado entre nosotros.

— ¡Bah! ¡bah! querido, — replicó el abogado deshaciendo su lío y mirando á su cliente con el rabo del ojo; — es indispenable que hablemos de ello. He venido aquí expresamente por ello, y es necesario que os dispongáis á oír lo que voy á deciros. No os apresuréis; si no estáis dispuesto, puedo aguardar; he traído un periódico y estaré á vuestras órdenes cuando queráis. Vedlo.

Al hablar así, el pequeñito cruzó las piernas y aparentó ponerse á leer el *Times* con mucha tranquilidad y aplicación.

— Vamos, — dijo Mr. Pickwick con un suspiro que terminó, sin embargo, en una sonrisa; — Decid lo que queráis. Supongo que se trata aún de la vieja.

— Con una diferencia, mi querido amigo, — replicó Perker cerrando cuidadosamente el diario y metiéndolo en el bolsillo. — Mistress Bardell, la demandante, está bajo estos muros, señor.

— Ya lo sé.

— Muy bien; ¿y supongo que sabréis cómo ha venido? Quiero decir por qué causa y á petición de quién.

— Sí; es decir, he oído la versión de Sam sobre ello, — respondió Mr. Pickwick con indiferencia afectada.

— Estoy persuadido de que la versión de Sam será perfectamente correcta; ahora, mi querido amigo, he aquí la primera pregunta que tengo que dirigirós; ¿esa mujer debe permanecer aquí?

— ¿Permanecer aquí? — interrumpió Mr. Pickwick.

— Permanecer aquí, querido, — replicó Perker apoyándose en el respaldo de la silla y mirando fijamente á su cliente.

— ¿Y á qué preguntarme eso á mí? Eso depende de Dodson y Fogg; vos lo sabéis bien.

— Yo no sé nada de eso, — contestó Perker con firmeza. — Eso no depende ni de Dodson ni de Fogg; conocéis á los personajes tan bien como yo; eso depende única y enteramente de vos.

— ¿De mí? — exclamó Mr. Pickwick, levantándose con un movimiento nervioso y volviéndose á sentar en el momento.

El hombrecillo golpeó dos veces la tapa de su tabaquera, la abrió, tomó un polvo considerable, cerró la caja y articuló estas palabras:

— De vos solo; ya os he dicho, mi querido amigo, — prosiguió el abogado, á quien el polvo parecía haber dado más confianza, — ya os he dicho que su libertad próxima ó su eterna reclusión dependen de vos, y de vos sólo. Escuchadme hata el fin si queréis, y no desperdi-

ciéis tanto la energía, porque eso no conduce á nada más que á haceros dudar. Os digó, — continuó el hombrecito, estableciendo cada proposición sobre la punta de sus dedos, que no hay nadie más que vos que pueda retirarla de este abismo de miserias, y que vos no podéis hacer eso, sino poniendo los gastos del proceso, los de la demandante y los del procesor, en manos de esos bribones de *Freiman's Court*. Vamos, tened calma, os lo suplico.

Durante este discurso el semblante de Mr. Pickwick había sufrido los cambios más extraordinarios y estaba á punto evidentemente de dejar estallar su indignación; sin embargo, calmó su rabia como pudo, y Perker, reanimando su argumentación, tomó otro polvo de tabaco y prosiguió como sigue:

— He visto á esa mujer esta mañana. Pagando los gastos podéis obtener un descargo pleno y entero á nuestro favor; y lo que será para vos, estoy seguro, mucho más agradable, una confesión voluntaria escrita por ella bajo la forma de una carta escrita á mí, declarando que desde el principio de este negocio ha sido imaginado, fomentado y proseguido por esos individuos Dodson y Fogg; que siento profundamente haber servido de instrumento para atormentaros, y que me suplica interceda cerca de vos para obtener vuestro perdón.

— Si yo pago los gastos por ella, — exclamó Mr. Pickwick con indignación. — ¡Maravilloso documento en verdad!

— Nada hay de sí en el negocio, querido, — replicó Perker con aire triunfante. — He aquí la carta de que hablo; ha sido llevada á mi estudio esta mañana á las nueve por otra mujer, antes que yo haya puesto el pie en la prisión, antes que yo haya tenido ninguna comunicación con mistress Bardell, os lo juro por mi honor.

El abogadito cogió de entre sus papeles la carta en cuestión, la puso delante de Mr. Pickwick y se atestó las narices de tabaco durante dos minutos consecutivos.

— ¿Y eso es todo lo que tenéis que decirme? — preguntó dulcemente Mr. Pickwick.

— Yo no puedo decir todavía si la estructura del pagaré y las pruebas que pondremos reunir sobre la conducción de todo el negocio, serán suficientes para justificar una acusación de captación contra los dos abogados. No lo espero, querido; son demasiado hábiles para ello, pero sí podré asegurar que estos hechos, tomados en conjunto, son suficientes para justificarlos á los ojos de todo hombre razonable. Ved ahora mi razonamiento; ciento cincuenta libras esterlinas, son números redondos, no son nada para vos... sí, su veredicto es erróneo, ya lo sé,

pero entre tanto han decidido según su conciencia y contra vos. Se os presenta una ocasión de colocaros en una posición más ventajosa que la que obtenéis permaneciendo aquí; porque creedme, querido, para las personas que no os conocen, vuestra firmeza no será más que una obstinación brutal, que una terquedad criminal. No podéis, pues, dudar en aprovecharos de una ocasión que os devuelve vuestra libertad, vuestra salud, vuestros amigos, vuestras ocupaciones, vuestros entretenimientos; que libra á vuestro fiel servidor de una reclusión igual á la duración de vuestra vida, y por encima de todo os permite vengaros de una manera magnánime y según vuestro corazón, haciendo salir á esa mujer de un receptáculo de miseria y de vicios, donde no se encerraría á ningún hombre si de mí dependiese, y donde no puede confinarse por lo tanto á una mujer, sin un refinamiento de barbarie. Pues bien, querido Pickwick, os lo pregunto, no como hombre de negocios, sino como vuestro verdadero amigo; ¿dejaréis escapar la ocasión de hacer tanto bien por la miserable consideración de que unas cuantas libras esterlinas pasarán al bolsillo de un par de bribones, respecto á los cuales no hay otra diferencia que la de que mientras más hayan ganado de esa manera, tratarán de ganar más todavía y serán cogidos por consiguiente más pronto en alguna bellaquería que los lleve á la ruina? Os he sometido, amigo mío, estas débiles é imperfectas observaciones, y os suplico que reflexionéis sobre ellas; pesadlas en vuestro juicio tanto tiempo como queráis; yo esperaré con paciencia vuestra respuesta.

Antes que Pickwick hubiera podido replicar, antes que Perker hubiese tomado el vigésimo polvo de tabaco, que imperativamente exigía un discurso tan largo, oyeron en el corredor un ligero cuchicheo, seguido de un golpe dado en la puerta.

—¡Qué fastidio! ¡qué tormento! — exclamó mister Pickwick evidentemente conmovido por el discurso de su amigo. — ¿Quién está ahí?

—Yo, señor, — respondió Sam haciendo ver su cabeza.

—No puedo hablaros en este momento, Sam; me ocupo de un negocio.

—Os pido perdón, señor, pero hay aquí una dama que tiene una cosa urgente que deciros.

—No puedo verla, — replicó Mr. Pickwick, que tenía la imaginación llena de las visiones de mistress Bardell.

—No puedo creer eso, — contestó Sam sacudiendo la cabeza. — Si supiéseis quién está ahí, imagino que cam-

biaríais de parecer.

—¿Quién es, pues? — preguntó Mr. Pickwick.

—¿Queréis verla, señor? — insistió Sam teniendo la puerta entreabierta, como si hubiera escondido detrás un animal curioso.

—Será necesario, supongo, — dijo el filósofo, mirando á Perker.

—Ea, pues! esto va á comenzar, — exclamó Sam. — Adelante; tirad de la cortina y entrad los dos conspiradores.

Hablando así, abrió Sam enteramente la puerta, y se vió á Mr. Nathaniel Winkle, conduciendo por la mano la joven lady que había llevado en Dingley-Dell los borceguños forrados, y que formaba en aquella ocasión un seductor compuesto de confección, de encajes, de rubor y de seda lila.

—¡Miss Arabella Allen! — exclamó Mr. Pickwick levantándose de la silla.

—No, mi querido amigo; mistress Winkle, — respondió la joven cayendo de rodillas; — perdonadme, mi respetable amigo, perdonadme.

Mr. Pickwick podía creer apenas en el testimonio de sus sentidos, y acaso no se habría dado por satisfecho, si su testimonio no hubiese sido confirmado por la fisonomía sonriente de Mr. Perker y por la presencia corporal de Sam y de la linda doncella, que desde el fondo del cuadro parecía contemplar con viva satisfacción la escena.

—¡Oh! mister Pickwick, — dijo Arabella con voz trémula y como alarmada de su silencio. — ¿No me perdonaréis mi imprudencia?

Mr. Pickwick no dió respuesta verbal á esta pregunta, pero se quitó precipitadamente los anteojos, y cogiendo las dos manos de la joven lady entre las suyas, la besó un gran número de veces, (acaso un número de veces mayor del absolutamente necesario); en seguida reteniéndola entre sus brazos, dijo á Mr. Winkle que era un pillo muy audaz y le mandó levantarse; á mister Winkle, que hacía gran tiempo se estaba rascando la nariz con el borde de su sombrero, en señal de arrepentimiento, y Mr. Pickwick después de haberle dado unos golpecitos en la espalda, dió un afectuoso apretón de manos al abogadito. Este, por su parte, para no quedarse atrás en materia de cumplimientos en semejante ocasión, besó con la mejor y más entusiasta intención á la desposada y á la linda doncella, y después de haber sacudido cordialmente la mano de Mr. Winkle, completó sus demostraciones de alegría tomando una cantidad de tabaco suficiente para hacer estornudar durante el resto

de su vida á media docena de narices ordinarias.

—Veamos, querida niña, — dijo Mr. Pickwick; — ¿cómo ha pasado todo eso? Sentaos y contadme vuestra historia. ¡Qué linda es, Perker! — continuó el excelente señor contemplando el semblante de Arabella con tanto placer y orgullo, como si hubiera sido su propia hija.

—¡Deliciosa, mi querido amigo! Si yo no estuviera casado os tendría envidia, dichoso bribón, — dijo Perker dando un puñetazo en la cintura de Mr. Winkle, que este caballero le devolvió inmediatamente; después de esto el uno y el otro rieron á carcajadas, aunque no tan fuerte como Sam Weller, que acababa de calmar su emoción abrazando también á la linda criadita detrás de la puerta de un armario.

—Sam, — dijo Arabella con la más dulce sonrisa imaginable; — nunca podría expresaros bastante mi reconocimiento; me acordaré siempre de vuestros buenos servicios en el jardín de Clifton.

—No penséis en eso, señora — respondió Sam; — yo no he hecho en eso más que ayudar á la Naturaleza, como dijo el doctor á la madre del niño que había muerto de una sangría.

—Mary, hija mía, sentaos — dijo Mr. Pickwick, poniendo fin á estos cumplimientos; — conque veamos, ¿cuánto tiempo hacé que estáis casados?

Arabella miró con aire confuso á su señor y dueño, que contestó:

—Hace sólo tres días.

—¡Sólo tres días! ¿y qué es lo que habéis hecho durante estos tres meses?

—¡Ah, sí! he ahí la cuestión — interrumpió mister Perker; — ¿Cómo podéis excusar tanta lentitud? Ya veis, la sorpresa de Pickwick es sólo porque eso no se haya hecho antes.

—La verdad es — replicó Mr. Winkle mirando á la joven, que se ruborizó, — la verdad es que he gastado mucho tiempo en poder persuadir á Bella para que huiese conmigo, y que después de persuadida ha pasado también mucho tiempo antes de hallar una ocasión. Mary tenía necesidad además de estar prevenida con un mes de anticipación, para dejar su colocación, y nosotros no podíamos pasar sin su asistencia.

—Bajo mi palabra — exclamó Mr. Pickwick, que había vuelto á colocarse sus anteojos y contemplaba sucesivamente á Arabella y á Mr. Winkle con el aire más esponjado que pueden dar á una fisonomía humana la benevolencia y el contento; — bajo mi palabra que habéis procedido de una manera muy sistemática. ¿Y vuestro hermano, está enterado de todo esto, queridi-

ta mía?

—¡Oh, no, no! — respondió Arabella cambiando de color. — Por vos solamente, mi querido Mr. Pickwick, es por quien debe saberlo. Es tan violento, tan preocupado, y ha sido tan... tan parcial en este asunto por su amigo Mr. Sawyer, que temo horriblemente las consecuencias.

—¡Ah! sin duda alguna — añadió Perker gravemente. — Es necesario que os encarguéis de ese asunto, mi querido amigo. Esos jóvenes, que os respetan, no escucharían á otra persona. Sólo vos podéis prevenir una desgracia. ¡Malas cabezas! ¡malas cabezas!

Y el hombrecillo tomó un polvo de tabaco amenazador, haciendo una mueca llena de duda y de ansiedad.

—Pero, ángel mío — dijo Mr. Pickwick con voz dulce; — ¿olvidáis que estoy prisionero?

—¡Oh! no, en verdad, no lo olvido, ni lo he olvidado jamás; nunca he dejado de pensar en lo grandes que deben ser vuestros sufrimientos en este horrible lugar; mas yo espero que consentiréis en hacer por nuestra dicha lo que no habéis querido hacer por la vuestra. Si mi hermano sabe esta noticia por vuestra boca, estoy segura de que nos reconciliaremos. Es el solo pariente que tengo en el mundo, Mr. Pickwick, y si no abogáis por mi causa, temo perder hasta este último pariente. Yo he cometido una falta, una falta muy grande, lo sé...

Aquí la pobre Arabella ocultó el rostro en su pañuelo y se puso á llorar amargamente.

El buen natural de Mr. Pickwick no era á propósito para resistir las lágrimas; pero cuando mistress Winkle, secando sus ojos, se puso á acariciarle y á suplicarle con los acentos más dulces de su voz, su indecisión fué aun mayor y se sintió en una situación más violenta, como lo dejaba ver suficientemente frotando con movimiento nervioso los cristales de sus anteojos, la nariz, los botines, la cabeza y los pantalones.

Sacando ventajas de estos síntomas de indecisión, mister Perker, á cuya casa había arribado la joven pareja por la mañana, recordó con la habilidad de un hombre de negocios, que Mr. Winkle *senior* no tenía aun conocimiento del importante paso que había dado su hijo; que el bienestar futuro de dicho hijo dependía enteramente del afecto que siguiera profesándole Mr. Winkle *senior*; que este afecto sería más difícil de conservar á medida que se le ocultase por más tiempo el importante suceso; que trasladándose Mr. Pickwick á Bristol para ver á Mr. Allen, podría ir igualmente á Birmingham, para ver á Mr. Winkle *senior*; y que, en fin, pudiendo Mr. Winkle *senior* considerar á Mr. Pickwick

como el mentor, y por decirlo así, el tutor de su hijo, debía el mismo Mr. Pickwick informarle personalmente de todas las circunstancias del negocio y de la parte que en él había tomado.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass llegaron bastante á propósito á esta parte del informe, porque como era necesario enterarles de lo que había pasado, la totalidad de los argumentos, con las diversas razones en pro y en contra, fué revista de nuevo; después de lo cual, cada uno de los presentes repitió á su vez, á su manera y á su gusto, todos los razonamientos que pudo imaginar. Suplicado Mr. Pickwick, abrumado de razones capaces de echar por tierra todas sus resoluciones y hasta de turbar su razón, tomó á Arabella en sus brazos, declaró que era una criatura encantadora, que desde que la había visto había sentido un vivo afecto hacia ella, y añadió al fin que no tenía valor para oponerse á la felicidad de los dos jóvenes y que podían hacer de él todo lo que quisiesen.

En seguida que oyó Sam esta confesión, se apresuró á despachar á Job Trotter al ilustre Mr. Pell, para pedirle el descargo de que Mr. Weller había tenido cuidado de proveerle, en la previsión de que alguna circunstancia inesperada podría hacerle necesario inmediatamente. En seguida cambió todo el dinero contante que tenía por veinticinco galones de cerveza, que distribuyó por sí mismo en el juego de pelota á todos los que quisieron beberlo, y después de esto, recorrió la prisión lanzando *hurras*, hasta que habiendo perdido la voz, recuperó sus hábitos pacíficos y filosóficos.

A las tres dejó Mr. Pickwick para siempre su pequeña habitación, atravesando, no sin pena, la turba de deudores que se apretaba en torno suyo para estrecharle la mano. Cuando llegó á la puerta se volvió y sus ojos brillaron con un resplandor celeste. En aquella confusión de semblantes pálidos y enflaquecidos, no veía uno solo que no hubiera sido más desdichado aun sin su simpatía y sin su caridad.

—Perker — dijo al abogadito, haciendo señas á un joven para que se aproximara; — he aquí á Mr. Jingle, de quien ya os he hablado.

—Muy bien, amigo mío, muy bien — respondió el hombre de negocios, mirando á Jingle con ojo escrutador. — Mañana volveréis á verme, joven, y espero que os acordaréis durante toda vuestra vida de lo que os he de comunicar.

El ex comediante saludó respetuosamente, tomó con mano trémula lo que le ofrecía Mr. Pickwick y se retiró.

—¿Supongo que conocéis á Job? — continuó nuestro

filósofo presentándole á Mr. Perker.

—Sí, conozco á esta buena pieza, — respondió el interpelado en tono de buen humor. — Id á ver á vuestro amigo, y estad aquí mañana á la una; ¿lo oís? ¿No tenéis nada más que encargarme, Pickwick?

—Nada más. Sam, ¿habéis dado á vuestro huésped el paquetito que os he entregado para él?

—Sí, señor; se ha echado á llorar y ha dicho que erais muy bueno y muy generoso, pero que desearía mejor que le hicierais inocular una buena apoplejía, en vista de que su viejo amigo, con quien ha vivido tanto tiempo, ha muerto, y de que él no podrá encontrar jamás otro.

—¡Pobre hombre! — dijo Mr. Pickwick; — ¡pobre hombre! Ea, ¡que Dios os bendiga, amigos míos!

Al despedirse el excelente señor de aquella manera, lanzó la multitud una ruidosa aclamación, y muchos individuos se precipitaron hacia él para estrechar de nuevo sus manos; pero él pasó su brazo por debajo del de Perker y se apresuró á salir de aquella casa, mucho más triste en aquel instante que cuando entró. ¡Ay! ¡cuántos seres infortunados quedaban detrás de él, y cuántos permanecen aun allí!

Aquella noche fué deliciosa para la sociedad que se había reunido en el hotel de *Jorge y el cuervo*. A la mañana siguiente salieron de aquel albergue hospitalario dos corazones ligeros y gozosos, cuyos propietarios eran Mr. Pickwick y Sam Weller. El primero fué depositado bien pronto en el interior de una buena silla de posta, y el segundo montó ligeramente en el asiento delantero.

—¡Señor! — gritó el criado á su amo.

—¿Qué hay, Sam? — respondió Mr. Pickwick, sacando la cabeza por la portezuela.

—Desearía que estos caballos hubiesen estado tres meses en prisión, señor.

—¿Y por qué, Sam?

—A fe mía — exclamó Sam frotándose las manos, — porque tomarían el galope más que aprisa.